

Concluída la tertulia Ricardo sintió que estaba fatigado; había hecho grandes esfuerzos para mostrarse tranquilo y estaba cansado de fingir. Se marchó á su casa aunque no eran más que las once de la noche. En su cerebro, con la insistencia de la mariposa que revolotea sobre una luz, se agitaba el recuerdo de Eloísa, amargo y punzante. En vano quiso desterrarlo atrayendo el de Catalina: la imagen de la joven rubia, como atraída por un sentimiento de cólera, persistía tenaz y avasalladora. ¿Le había querido hacer un desprecio Eloísa? ¿La cuestión del incendio era causa de que se le viera con desdén? ¿Aquella locuela habría podido imaginarse que la cortejaba, y sentirse ofendida por el hijo de un incendiario? Pensando así, volviendo y revolviendo mil ideas, no pudo quitarse aquella obsesión hasta

que el sueño le dió un momento de tregua, sólo un momento, pues dormido, aun vió á Eloísa en sus ensueños, altiva, desdeñosa, que pasaba á su lado sin volverle á ver en unión del ale-mancito de la cara barbilampiña y la nariz remangada.

---

## XXV

Hay ensueños que se gravan en el alma con el vigor de profundos recuerdos. Cuando Ricardo se despertó sentía el disgusto de lo soñado como si fuese una realidad, y realidad que le tocase muy de cerca. Hoy sin falta hablaré con Eloísa, se dijo, y le haré saber que amo á Catalina y estoy dispuesto á casarme con ella. Quiero que no le quede duda alguna de que yo, ni por un momento, he pensado en cortejarla. Me gusta, es cierto, pero amo á otra, á otra con quien estoy obligado á casarme por gratitud y por amor.

Si Ricardo hubiese omitido la palabra amor habría dicho la

verdad. Gratitude, solo gratitude era el lazo que le unía con Catalina; pero él, nervioso y fantaseador, daba á aquel sentimiento dulce las proporciones de una pasión abrasadora.

En efecto, aquel día habló con Eloísa.

—Se fué Ud. anoche porque yo vine, la dijo con sequedad en que había algo de dureza, de rencor.

—¿Por que Ud. vino?... Repuso ella abriendo sus grandes ojos de Niño Dios—no! Me fuí como deberían haberse ido todos para dejarle libre con Antonia. Así podrían besarse sin hacerlo casi delante de una.

—No comprendo—dijo Ricardo lleno de asombro—explíquese.

—Cree Ud. agregó ella siempre con su acento de inocencia, que no les ví la otra noche. Pues sí les ví. ¿Y podía yo creerle á



Ud. lo que me había dicho antes? Todos, todos los hombres son iguales.

—Eloísa.....

—No, no me diga nada porque no se lo he de creer.

—Pues sí, aunque Ud. se oponga, le diré la verdad. Ella me besó.

—De veras.

—Se lo juro.

—Pues bien, ya que Ud. me jura decir la verdad, yo también seré franca. Anoche me fuí cuando Ud. entró, porque no quería verle: estaba enojada. El señor Waagen no pensaba ir á casa, ni á mí me puede importar que vaya; lo que quería era no verme con Ud. Sus palabras de la otra noche me parecían una ofensa. Le aseguro que ese beso me ha mortificado.

—Pero ya no le mortifica— agregó Ricardo apretando cariñosamente su mano.

--Nó, ya no; pero quiero que Ud. no vuelva aquí. Si tiene interés en verme que no sea en esta casa—é interrumpiéndose de pronto repuso:—Pero qué tonta soy, qué interés puede usted tener en verme: ¿quién cree en lo que Uds. dicen? A una le pintan muchas cosas y después..... ya vió lo de la otra noche.....

Ricardo, como hipnotizado por Eloísa no acertaba á pensar en otra cosa: estaba consagrado á ella, en todo y por todo. Clavó sus ojos centellantes de pasión en la joven y la dijo:

—Ya le he dicho que todo eso no vale nada, dígame, dígame ¿dónde puedo verla mañana?

—¿Mañana?—En el Parque Nacional, en la tarde, allá, hacia el lado de la estación ¿quiere?

## XXVI

En las pequeñas poblaciones la mayoría ejerce cierto hipnotismo sobre cada habitante; diríase que el medio ambiente tiene más presión que en las grandes ciudades, como si en estas, el esparcimiento le quitase intensidad. Ricardo, que de nuevo era motivo de atenciones y agasajos de todos sintió bien pronto esta presión. Para complacerle le hablaban de Eloísa, de los encantos de esta, de la pareja hermosa y feliz que ambos formarían si se unieran. Ricardo reía sintiendo en el fondo de su alma como el suave roce de una caricia. Él, engañándose, aún pensaba en Cata-

lina para hacerla reina de su hogar y de su corazón. Sin embargo, no dejaba de verse con Eloísa todos los días y de hablarle tierna y apasionadamente, aunque no llegase á una franca declaración. Esta no pudo retardarse: una noche, después de una alegre comida de solteros, en que el nombre de Eloísa recorrió todos los labios, seguido de un cortejo de entusiastas aclamaciones, Ricardo, que se vió con ella en una reunión de confianza, dió suelta á su excitado amor y habló con ella de una manera definitiva. La joven le escuchó sonriendo con su risa inocente y muy abiertos sus grandes ojos de Niño Dios.

—¿Qué, Ud. me ama? Que cosas Ricardo; no, Ud. quiere bromear conmigo.

Y él juró, afirmó y probó; su prueba era contundente.

—Y si le ofreciera casarme



con Ud.,—le dijo—dudaría aún?

Ella tendió la mano al joven, lo envolvió en una mirada abrasadora y profunda; sus labios se agitaron como si entre ellos temblara un beso, y con voz suave, ligeramente modulada, murmuró:

—No, yo no le pido tanto; pero ya creo!....

Ricardo, seducido por la astuta coquetería de Eloísa, no tuvo reparo en dar aquel paso. En el momento de darlo no pensó en Catalina y después cuando pensó en ella, se dijo para disculpar su traición:

—Esto es una venganza, nada más que una venganza; ha querido humillarme y yo seré quien la humille. Catalina, la pobre niña del campo, modesta y buena, triunfará de la astuta y elegante señorita de la ciudad. Es mi deber.



## XXVII

Entretanto Catalina, allá en su pueblo, llena de angustia, de pena, llorosa y triste, se consumía como se marchitan las violetas entre las sombras de su follaje. En mes y medio Ricardo la había visitado sólo tres veces y sus cartas escaseaban cada vez más y más. Ella lloraba y sufría en silencio. Abandonó la ventana, dejó de fijarse en el polvoriento camino; ya no tenía nada que esperar. De día, y de noche muchas veces, se estacionaba en el extremo del corredor, desde donde se veía, como un hacinamiento de piedras blancas, la ciudad de San José. Fijos, abiertos sus ojos,

con expresión de asombro. no se apartaban de aquel lugar. Allí estaba Ricardo, feliz, contento, tal vez amando á otras mujeres. Cuando la tarde expiraba y el hacinamiento de piedras se convertía en un nido de cocuyos, la pobre niña estallaba en un torrente de lágrimas. Era la ciudad que se engalanaba en las horas de reposo para el festín que sucede al trabajo. Los bailes, los teatros, las tertulias, el Casino, cuanto era fuerte y conspiraba contra ella, estaba entre aquel hervidero de diamantes: diríase que en aquellas luces se quemaba el amor de Ricardo. No pudiendo resistir se retiraba á su alcoba y llena de fervor y de angustia, de rodillas ante la Virgen, oraba, oraba hasta que sus fuerzas extintas reclamaban descanso.

Una tarde recibió carta de Ricardo: entre muchas y ama-



bles excusas por su prolongada ausencia la decía:

«Quisiera ir á verte todos los días; pero la idea de no permanecer largo tiempo junto á tí, me hace desistir del viaje. Si estuvieras más cerca, tres ó cuatro veces en el día, robando tiempo á mis ocupaciones, estaría á tu lado y varios ratitos sumarían un rato largo.»

Catalina sonrió al leer aquella carta y cuando su padre llegó del trabajo, le dijo:

—Nos vamos á San José!

—Qué?

—Que nos vamos á vivir á San José!

El buen hombre levantó las manos en cruz y abrió desmesuradamente los ojos como si acabaran de anunciarle que se había arruinado.

—Sí—continuó ella, que desde su salida del colegio, ejercía cierto imperio en la casa—nos

vamos á San José. Estoy muy enferma y si me quedo aquí me muero ¿Quieres que me muera?—agregó cambiando de tono y besando á su padre, cuya rudeza se deshizo en aquel soplo de ternura.

¡Cuánto tuvo que luchar después, no para decidir el traslado, sino para hacer á su padre gastar lo necesario á fin de arreglar en la ciudad una casa decente, sobre todo una casa que pudiera gustar á Ricardo! Ella misma compró los muebles y adornos, interpretando con su espíritu de fiel enamorada, las aficiones de su novio, desde los colores hasta los tallados, las alfombras, los tapices y las porcelanas; adivinando, más que entendiendo, por efecto de una intuición que solo dan los grandes cariños, capaces de reformar, modificar y afinar hasta los espíritus menos cultivados.

## XXVIII

Concluía Ricardo una carta para Catalina cuando llamaron á su puerta.

—Adelante—gritó con desgaño, por verse interrumpido en su tarea. No sin esfuerzo había escrito la carta y deseaba leerla antes de remitirla.

La puerta se abrió para dar paso á Francisco, quien, en traje de marinero, con medias cortas y botitas abotonadas, traía una carta de Catalina.

—Pero tú aquí?—preguntó Ricardo.

—Es que ya estamos aquí.

—Cómo aquí?

—Pues aquí.....

Ricardo rompió el sobre y le-

yó con impaciencia. La joven en su carta le decía que por complacerle había decidido venirse á San José: que le esperaba aunque fuese unos momentos cada día.

La noticia produjo en él viva contrariedad. Quiere decir —pensó— que mis planes de vida campestre, de aislamiento, de amor tranquilo se destruyen. Esa mujer no me comprende! El mayor encanto que para mí tenía, quiere perderlo. Así reflexionando buscaba á su disgusto otro motivo que distaba mucho de ser el que lo ocasionaba. Ricardo comprendía que en breve sus amores serían del dominio público, y, sin darse cuenta, se avergonzaba de ellos. Tenía cierto temor inexplicable de perder algo desconocido. Ese algo, era Eloísa, á quien amaba sin querer él mismo confesarse su amor.

—Está bien, dígame que iré—



repuso secamente, dejando lleno de asombro al muchacho acostumbrado á verle siempre amable y cariñoso con él.

—Oh no; esto no puede ser!— dijo Ricardo cuando estuvo solo. Yo haré que se vāya, que me aguarde en San Rafael: no tardaré en llegar á establecerme en el pueblo de una manera definitiva y entonces podremos ser felices. Pero aquí no; aquí no la quiero. Se arregló ligeramente y se fué á casa de Catalina. En la puerta esperaba Francisco para hacerle entrar. El arreglo de la casa desarmó su enojo. En el zaguán veíanse tiestos con las plantas de su predilección: la sala, aunque sencilla, estaba como arreglada por él. Predominaba la nota azul celeste, su color favorito: se respiraba aroma de violetas: su perfume amado; abundaban los japonerías: su gran capricho. Todo respiraba amor,

deseo de agradar. Diríase que era el dormitorio que una madre prepara á su hijo que ha vivido ausente muchos años y en el que resucitan las tendencias, los gustos, las aficiones del que se fué y que solo han vivido en el corazón materno mantenidos por el cariño. Cuando Catalina entró en la sala acabó de vencer á Ricardo. En su vestido dominaba también la nota azul celeste y en su divino rostro resplandecía el contento como si acabase de realizar una obra que debía complacer á su amado.

—Qué sorpresa tan grata me has dado!—exclamó Ricardo con íntima sinceridad.

—Creí darte un gusto viniéndome y me vine—¿de veras no te molesta?—Había tal dulzura, tal humildad en su acento, que si Ricardo aún no hubiese estado vencido en su enojo, estas palabras le habrían doblegado.

Después le habló de lo mucho que había sufrido: de sus llantos secretos: de sus noches en vela, de sus días tristes, del placer que le había causado su última carta y de las grandes dificultades que tuvo necesidad de vencer para venirse á vivir á la ciudad.

—Te aseguro que sólo porque te amo como te amo he venido. Pero al fin estoy á tu lado y me siento la mujer más feliz de la tierra.

Por un momento pareció renacer para los amantes su felicidad de otros días. Reconstruyeron en sus sueños su casita campestre, su jardín cultivado por ambos; vieron correr su vida quieta, apacible, apartada de las seducciones y de los engaños de la sociedad.

La llegada del padre de Catalina vino á destruir sus amantes coloquios. Fué la nota discor-

dante de aquel idilio. Era la chaqueta recordando á Ricardo que su amor le hacía descender; la sangre plebeya imponiéndose, esa sangre que ha hervido por muchos años al pie de los cafetos y que convertida en sudor ha fecundado la tierra, mientras los brazos hinchan los biceps, en la ruda tarea de la pala. Ricardo se sintió nuevamente invadido de profundo disgusto y trató de retirarse.

—Papá—dijo Catalina, después de un momento de conversación forzada y penosa, con el fin de alejar á su padre—¿quieres traerme unas rosas que tengo en mi cuarto?

Cuando el buen viejo se alejó, tomando una de las manos de Ricardo, le dijo:

—Por qué te quieres ir? ¿tienes mucho que hacer? Vendrás á la tarde?

—¿A la tarde? No, me es im-



---

posible, pero mañana que es domingo te ofrezco dedicarte todo el día; sí, todo el día, para que hablemos de nuestra felicidad, y, si es posible, señalemos la época de nuestro matrimonio. ¿Te parece?

---



## XXIX

Qué alegre amanecer el de Catalina! Ricardo pasaría á su lado muchas horas. Tal idea la llenaba de contento. Se arregló con el esmero de su inocente coquetería y deseosa de dar gracias á Dios por su felicidad, se dirigió al templo para oír misa. Durante el divino oficio, muchas veces su pensamiento huyó de la plegaria para buscar el amor. Desvaneciáanse ante sus ojos la custodia radiante de oro y la Virgen esplendente de blancura, para dar sitio á la imagen de Ricardo; pero de nuevo su fe, el perfume del incienso, la austera nave, la traían á la realidad.

Cuando, concluída la misa,

dejó el templo; entre el hormiguear de gente agrupada en la puerta, trataba de salir, sintió que una mano golpeaba cariñosamente su espalda y oyó una voz dulce que la decía:

—Catita ¿tú aquí?

Era Eloísa Delgado. ¡Qué placer el encontrarse después de tan larga ausencia! Catalina se olvidó de que estaban en la iglesia y la abrazó y besó apasionadamente. Una vez en la calle volvió á besarla.

—Aquí me tienes en San José viviendo —le dijo— muy cerca de aquí. ¿Quieres venir á conocer mi casa? Ven un momento. Tengo muchas cosas que contarte.

Cuando llegaron á casa de Catalina, las dos antiguas compañeras comenzaron á evocar los recuerdos de su vida de colegio. Recordaron sus travesuras, sus tristezas, sus castigos. Hablaron de las otras compañeras, de las



Madres, hasta del capellán, aquel buen sacerdote que les llevaba confites y almendras cuando había comunión general. Y hablaron también de sus inocentes amoríos, sueños de colegialas, que acarician un nombre y una figura, casi impalpables; inocentes aplicaciones de su ideal á personas conocidas, verdaderas fantasías sin más representación que un nombre, ni más relación que un pensamiento.

—Ahora sí que tendrás novio de veras—preguntó de pronto Catalina, tomando entre las suyas, las manos de su amiga é inclinándose hacia ella.

Eloísa enrojeció, enrojeció, hasta que un vivo púrpura, dominando la blancura de la frente, se perdió entre sus cabellos rubios como se mezcla un celaje sangriento con un manojó de rayos de sol.

—Sí, sí que lo tengo, dijo, entornando suavemente sus párpados carnosos.

—Pero dime quién es, cómo se llama, lo quiero saber todo,—añadió Catalina sin soltar las manos de su compañera, balanceándose con lentitud, acercándose y alejándose de ésta y riendo siempre llena de alegría y de placer.

—Para tí no tengo secretos y voy á contártelo todo—repuso Eloísa, cambiando su fisonomía plácida y sonriente por seria y grave, como el que se dispone á tratar asuntos de gran trascendencia.—¿Te acuerdas de aquel joven muy simpático que estuvo en una premiación del colegio? ¿aquel de quien Margarita decía siempre que tenía una boca muy linda? tú debes conocerlo porque ha pasado una larga temporada en San Rafael: Ricardo Valuart: ese es mi novio!

Catalina con los ojos muy abiertos, muy abiertos, pálida, temblorosa, escuchaba á su amiga. Cuando oyó el nombre de Ricardo, soltó las manos de ésta, se inclinó sobre el respaldo de la silla, y haciendo un esfuerzo prodigioso, preguntó:

—¿Y te quiere mucho?

—Él me lo dice y hasta me ha ofrecido casarse conmigo,— contestó Eloísa, que preocupada por su confidencia, no había reparado hasta aquel momento en la palidez de su amiga.

—Pero, qué tienes? Catalina, por Dios, qué tienes? pareces una muerta.

—Cometí la locura de irme á misa sin tomar café, añadió Catalina con voz de agonizante, y poniéndose de pie prosiguió— voy á tomar algo y me acostaré enseguida, me siento tan mal. ¿No te enojas porque te deje? Yo iré á verte, iré á verte muy pron-

to,—y la besó en la mejilla con un beso de perdón, con un beso abnegado y sublime.

---



### XXX

Los primeros momentos que siguieron á tan cruel revelación fueron para Catalina de un sufrir desesperado, loco: se revolvió convulsa en el lecho, la ahogaban los sollozos profundos y seguidos; deseaba gritar, creyendo así aliviarse del peso que le oprimía el corazón y romper el nudo que le cerraba la garganta. Su misma fe tuvo un desfallecimiento: de sus labios salieron palabras blasfemas; reproches al gran Dios que tan rudamente la castigaba y sus ojos, centellantes de ira, velados por el llanto, se volvían á la imagen de la Virgen con mirar de reto. Esta rebelión de su alma

piadosa duró apenas un segundo; vino la reacción precedida del arrepentimiento; se arrodilló hundiendo la cabeza entre el blanco cobertor del lecho y pidió á Dios fuerzas y resignación para resistir aquel golpe.

—Madre, madre de misericordia—exclamaba volviéndose á la Virgen—dame fuerzas para soportar ésto, ó llámame, llámame á tu lado; es mejor morir que padecer tanto—y de nuevo estalló en sollozos y lágrimas.

Su débil naturaleza fatigada de sufrir, cayó al fin en una calma parecida á la del embrutecimiento. Un estado de indiferentismo, de inconciencia. La campana del reloj vino á sacarla de esta situación; dieron las doce del día y comprendió que no tardaría Ricardo en llegar. Bien sabía que le faltaban fuerzas para verse con el ingrato y prefirió escribirle. Hizo varias car-

tas. La primera, tierna, llena de dulces reproches, de amargas reconvenciones. No la satisfizo y la rompió. La segunda era altiva, desdeñosa; una carta pensada; pero no sentida. Escribió otra y otras; todas distintas, sin quedar contenta de ninguna. Por último se decidió á escribirle sencillamente:

«Adiós Ricardo: lo sé todo; le ruego que no se ocupe más de mí. Haga muy dichosa á Eloísa que tan digna es de serlo. Yo le aseguro que la quiero como antes y Ud. que sea muy feliz con ella.»—*Catalina.*

Cuando Francisco salió llevándose la carta, su pena se recrudeció como crece el sufrimiento del que ha perdido un sér amado, cuando el cadáver sale de la casa. Le pareció que de nuevo perdía su dicha, dicha tanto tiempo acariciada!

Al leer la carta Ricardo, sintió

un estremecimiento de horror. Sin pensar lo que hacía corrió á casa de Catalina; pero la joven no quiso recibirle. Volvió á su cuarto, encerróse con llave y tuvo, en medio de crueles angustias, un momento de inconsciente reflexión; midió todo el mal que había causado y se arrepintió con toda la fuerza de su alma generosa; pero al propio tiempo, comprendió la verdad: reconoció que nunca había amado á Catalina, que no había abrigado por ella otro sentimiento que el de la gratitud, gratitud profunda, que en su aislamiento, en su desencanto, con esa sensibilidad que dan las penas y que predispone tanto á la ternura, la juzgó amor. Mentira: él á quien amaba era á Eloísa; sin embargo, se creía en el deber de sacrificarse y hacer feliz á Catalina. Aquella misma noche acabaría con Eloísa. Su deuda de gratitud sería cubierta!



Llegada la noche y una vez enfrente de Eloísa, le faltó energía para llevar á cabo sus propósitos; al contrario, cuando la joven con su acento insinuante y acariciador, le dijo:

—¿Por qué estás tan triste y tan pensativo? ¿Te aburres á mi lado? ¿Ya no me quieres?—sintió que su amor triunfante, impetuoso, se levantaba y en vez de romper los lazos que le unían á la joven, los estrechó con promesas y juramentos, sellándolos con las miradas de sus ojos desbordantes de ternura y los besos de sus labios radiantes de pasión.

---



## XXXI


Tristes y amargos fueron para Catalina los días que siguieron al de tan crueles impresiones. Su alma enferma cruzó toda la escala del sufrimiento. Al principio el golpe fué tan rudo, que aturdió su exquisita sensibilidad; pero después, el dolor fué filtrándose lenta, pausadamente en su alma y creciendo al propio tiempo hasta tomar las proporciones de una inmensa desgracia. Vió deshacerse su hogar recién formado, desaparecer los objetos escogidos cuidadosamente por ella, tratando de interpretar el gusto de Ricardo y que por lo mismo guardaban algo del sér amado; se apagaron á sus

ojos los colores, y dejó de aspirar los perfumes que le hablaban de sus sueños extintos.

H  
Al regresar á San Rafael, tuvo el camino asperezas como la senda del Calvario; estaba en gran parte sembrado de recuerdos, que era como estar sembrado de abrojos. La vista de la cañada en cuyo fondo se retuerce el Horco; la copa del mangal, que dió abrigo bajo el toldo de su follaje verde á tantas ilusiones, á tantas esperanzas y que sintió perderse entre sus hojas, aleteando como aves, los besos del amor; la casa en fin de Ricardo, con las plantas en completo abandono, olvidadas como ella, pero que, como ella en lágrimas, agradecidas se prodigaban en flores; todo era un nuevo martirio para el tierno corazón de la virgen. Y luego cuando entró en su casita, donde aun vagaba el espíritu de su madre



muerta, la sensación fué todavía más dolorosa. Allí estaba el extremo del corredor testigo de tanta dicha. Se detuvo un momento á contemplar el valle, soberbio en su plenitud de naturaleza tropical. Allá á lo lejos, en la falda del monte, como un hacinamiento de grandes piedras blancas, se veía San José. Le pareció que en su mutismo, en su quietud de ciudad lejana había un reto. La capital se alzaba vencedora, triunfante, después de arrebatarse á una hija de los campos el sér amado. Vencía con sus seducciones y sus encantos. Pronto, cuando descendieran las sombras de la noche, encendería sus fanales anunciadores del reposo y del placer, y aquellas luces serían faros de un puerto al que ella, náufrago de la vida, no podía arribar. Triunfaba la ciudad; triunfaba la niña rubia, rubia como las estre-



llas, blanca como la nieve, alegre como el día. La única luz de sus tristes horas de colegiala, venía á ser la sombra eterna de su alma: la noche de su vida.

En los primeros tiempos Catalina se encerró en su cuarto á llorar y á sufrir. Empalidecía como los lirios á la sombra. Adelgazaba su cuerpo el cincel del dolor y circuía sus ojos el martirio con círculos violáceos. La idea de la muerte cruzaba por su cerebro con la tenue suavidad de una caricia. Sin su fe acrisolada, sin sus fanatismos religiosos, hubiera buscado el descanso eterno en el suicidio. Sus temores de creyente la hacían rechazar esta idea que sin embargo la acogía veladamente. No era capaz de poner fin á sus días, pero sí de exponer su salud débil y quebrantada, con la secreta ilusión de morir. Dejaba, en las noches, abiertas las ventanas

de su dormitorio, se cubría con una tela finísima, y en la madrugada al despertar tiritando de frío, una sonrisa se dibujaba en sus labios amarillentos: cariñosa salutación á la eterna Pálida. Otras veces empeñábase en rudos trabajos, y cuando el sudor humedecía su piel, jadeante, ardorosa se dirigía al baño, hundiendo su cuerpo en el agua fría, con el placer extraño del suicida que acaricia el arma que ha de romper sus ligaduras con el mundo.

Su naturaleza frágil sufrió en breve las consecuencias de sus descuidos. Sentía dolores agudos de cabeza, presión en el pecho, dolores en la espalda y algunas veces turbaba su sueño una tos pertinaz, seca, asfixiante, que la ponía nerviosa hasta el punto de obligarla á dejar el lecho.

A medida que declinaba su

naturaleza física parecía purificarse y crecer su personalidad moral. Como los grandes penitentes, como los grandes místicos que acaban por gozar con el cilicio que desgarras sus carnes, ella sintió cierto placer amargo reavivando su dolor con los recuerdos. Largas horas pasaba en el extremo del corredor, fijos sus ojos en el lugar ocupado por San José y repitiendo en la mente las palabras y juramentos de Ricardo. Otras veces recorría los lugares visitados por ambos, deteniéndose á saborear la hiel de su pasado. En cierta ocasión se atrevió á entrar en la casa de Ricardo, aprovechándose de que estaba completamente sola. Lloró mucho allí y cuando le pareció escuchar ruido de pasos, tomó un pliego de papel y una pluma que había sobre la mesa, los besó apasionadamente, los ocultó en el seno como si fueran



valiosas prendas y salió precipitadamente de la casa.

Así pasó algunos meses, cuando un nuevo martirio vino á llenar de mayores torturas su alma. Comenzó á construirse una hermosa casa en el lugar ocupado por la que habitó Ricardo. Cada ladrillo puesto, cada progreso realizado en el edificio, era una frase que le hablaba de su felicidad perdida y de su amor muerto.

Un día la vecina que en otro tiempo la abrumó con sus consejos, que fué portadora de las murmuraciones del pueblo, vino á verla para noticiarle el matrimonio de Ricardo, verificado el día anterior.

—¿Ud. lo sabía? preguntó la mujer con maligno acento.

—Hizo Catalina un supremo esfuerzo y contestó con aparente tranquilidad:

—Si lo sabía.

—Yo se lo había dicho—añadió la vecina—estos de la ciudad no quieren más que engañarnos. Por fortuna á Ud. no le sucedió ninguna desgracia. Sin embargo fué como yo se lo dije: la engañó.

Hielo corría por las venas de la joven mientras su cerebro se incendiaba. Creyó que iba á quedarse muerta en la silla.

—Los recién casados—prosiguió implacable la campesina—dicen que vendrán á pasar la luna de miel á esa casa de allí abajo. Hoy la acaban.

.....  
Cuando Catalina estuvo sola, elevó sus manos al cielo y con acento de suprema, de infinita desesperación, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío, dame la muerte porque no puedo más!

Felizmente para ella las cosas no pasaron como se las anunció la vecina: no fueron á gozar en

---

la nueva casa de su luna de miel; pero después de algún tiempo comenzaron á visitarla con frecuencia. Un jardinero dedicó todos sus cuidados á las plantas y éstas que ya comenzaban á estar polvorientas y entretejidas de telas de araña como en otros días, renacieron más espléndidas y más fecundas. Todo vivía, sólo la virgen, hermosa en su tristeza, se agostaba en las sombras como las violetas se marchitan entre su verde follaje.

---





## XXXII

Un año transcurrió después de aquel tiempo en que Catalina y Ricardo, paseaban su felicidad por la campiña en los hermosos días de mayo. La joven, muy quebrantada de salud, triste, arrastrando su debilidad, iba todas las tardes á la fiesta de la Virgen en Desamparados. Por momentos se detenía porque le faltaba la respiración: otras veces la tos le ahogaba y con las manos sobre el pecho se veía obligada á interrumpir su marcha.

Una tarde, por vez primera vió á Ricardo y Eloísa en el jardín de la casa recién construída. Dominando sus débiles pulmo-

nes su tos pertinaz, llegó al templo; el dolor la enloquecía, la trastornaba. Se arrodilló entre la apiñada multitud, pero sus ojos, velados por lágrimas contenidas, no acertaban á ver la imagen de la Virgen con sus manos juntas, plegadas sobre el pecho, su veste blanca con reflejos de plata por las luces y la custodia radiante al centro; no oía los cantos ni seguía los rezos; un íntimo rencor, una cólera secreta embargaban toda su alma; en aquel momento solo era susceptible de amar la muerte, la muerte que lleva en sus manos el cáliz de todos los olvidos.

—Virgen, Virgen mía, dame la muerte, repetían sus labios con mecánico movimiento.

Trataba de modular las oraciones de rito y solo esta frase repetían sus labios, cada vez con más ardor, con más vehemencia, ora precipitada, ora lenta-

mente; con desfallecimiento de agonizante, con fervor de creyente, con ira de blasfemo.

De pronto le pareció oír algo más que los cantos de las niñas y las notas del órgano: llovía. Las gotas resonaban con rudo golpe y el viento sacudía las vidrieras. Catalina se llevó la mano á la frente, cubierta de copioso sudor. La iglesia estaba llena de gente y la atmósfera era asfixiante y pesada. El ruido de la lluvia fué para Catalina una frase imperativa. Sintió el deseo de salir á la calle, de mojarse. Allí afuera estaba la muerte. Volvió sus ojos llenos de amante súplica á la Virgen, ella no quería abandonar el templo; pero una fuerza superior, un gran poder la arrastraba, era la idea del suicidio en toda su plenitud y su grandeza. Lentamente se puso de pie y salió. La lluvia y el viento fueron una puñalada.

Entre el recio aguacero, en medio de un repiquetear de gotas, hundiendo sus pies en los barriales, con sus dientes que castañeaban, frías las manos, pálido el rostro, temblando, llegó á su casa en medio de una deshecha y horrible tempestad.

---



### XXXIII

La casa de San Rafael era de todas las posesiones de Ricardo la preferida por Eloísa. Dos ó tres veces por semana iban á ella. Al principio Ricardo hacía el viaje con repugnancia, después se acostumbró y finalmente iba con placer; él mismo proponía el paseo.

En cierta ocasión, ya muy cerca de Desamparados, el carruaje se detuvo:

—¿Qué pasa?—preguntó Ricardo.

—Un entierro, señor, gritó el cochero.

Ricardo asomó la cabeza por la ventanilla; el entierro se acercaba. Entre un grupo de gentes

campesinas, iba un ataúd blanco cubierto de flores. A uno de los acompañantes que pasó cerca del carruaje le preguntó quién había muerto.

—Catalina Ortiz—dijo el hombre con voz sorda. Ricardo sintió que todo su cuerpo temblaba. Fingiendo seguir el cortejo permaneció unos instantes de bruces en la ventanilla. Después con voz firme gritó al cochero:

—Sigue!

—Supiste quién murió?—preguntó Eloísa.

—Voy á decírtelo—pero no te afectes—agregó Ricardo tomando las manos de su esposa y besando su cuello tiernamente:

—Catalina Ortiz.

Entretanto el vehículo arrastrado por el magnífico tronco, levantó una gran nube de polvo, que se arremolinó un momento en el espacio, y después arrastrado por la brisa fué á

---

caer sobre el fúnebre cortejo y  
á manchar los pétalos blancos de  
las corolas y el raso niveo del  
ataud!

FIN







0000150677